

Palabras del Excelentísimo Señor D. Rafael Palmero

PASIÓN POR LA IGLESIA

1. Se nos ha ido Don Marcelo

«*Se nos ha ido Don Marcelo...*». Con esta frase lacónica y llena de contenido, a pesar de la pérdida grande, compartía yo con un grupo de periodistas apostados a la puerta de su casa, y con los hijos de Fuentes de Nava, su pueblo de adopción, la noticia del tránsito de nuestro querido Don Marcelo.

«Se nos ha ido sin miedo alguno, con sosiego y con paz, con sufrimiento aceptado y ofrecido al Señor», añadía por toda explicación, tratando de valorar ante Dios este momento definitivo, y queriendo buscar serenidad para el alma. Fue el 25 de agosto de 2004.

Días más tarde, un comunicador matizaba: «*Se nos fue un gran cardenal*. Fue en verdad grande. De talla física, de talla moral, de talla intelectual, de voz —qué voz más profunda y sonora—, de sonrisa amplia, franca... Grande en todo. Hasta el punto que la primera vez que alguien se lo encontraba era fácil sentirse incómodo porque realmente imponía. Pero la incomodidad duraba segundos. La rompía su sonrisa acogedora, las manos, grandes también, que parecían romper el aire para hacerse más próximo, sus ojos que atravesaban el grueso cristal de sus gafas y que sabían mirar con amor. Y hasta aquella voz potente, de tantos matices,

dejaba inmediatamente a su interlocutor con una indefinible sensación de *seguridad*. Si tuviera que definir a don Marcelo con una palabra, no dudaría un instante: seguridad. Él la tenía y, sobre todo, la transmitía. Si alguien acudía a él con dudas... Era cuestión de segundos, casi sólo con mirarle, todo se convertía en seguridad»¹.

Efectivamente, manos grandes, sonrisa acogedora, ojos que sabían mirar. Porque fueron grandes también su corazón y su alma.

«*La mirada* de Don Marcelo —sería en ocasiones, acogedora y bondadosa siempre— y toda su entidad física mueven a respeto y a veneración cordial, sobre todo si se le ha tratado de cerca y se le conoce íntimamente. Pero sólo a los que no tienen nada que ocultar... Los dudosos, quizá lleguen a descubrir que Don Marcelo les «descubre»².

2. Sencillamente... Don Marcelo

Con honda penetración psicológica, buena voz y mejor pluma, alguien definió hace décadas la existencia abnegada, sacrificada y apostólica de Don Marcelo.

«*¡Ya eras Don Marcelo!*... Ya habías dado con la nota preciosa y definitiva de la voz de Cristo a través de tu voz grave y profunda que parecía llenar las naves de la inmensa y fría Catedral, esa Catedral que cada mañana ha despertado al alba, al sonido de tus pasos recios y enérgicos que venían a caer, en profunda adoración, ante la recoleta capilla en sombras, donde apenas tres o cuatro fieles madrugadores asistían, impresionados, al despliegue litúrgico de tu fervor y de tu devoción...

Sí. Ya eras *Don Marcelo*, sólo *Don Marcelo*, como si no hubiera ninguno más con tu nombre en Valladolid... Y aquí y allá, como si poseyeras el don de la ubicuidad, como si pudieras, milagrosamente, estar en todas partes, todas las iglesias, todas las capillas, todos los conventos, supieron ya de tu verbo, cálido y apasionado, que sabía ser mar tonante o plegaria íntima...»³.

Largo ha sido el recorrido y fatigosa la andadura, hasta llegar a la meta. «Don Marcelo... pasó por Valladolid, Astorga, Barcelona y Toledo en olor de multi-

¹ J. F. DE LA CIGONA, *La Razón*, 1 de septiembre de 2004.

² R. PALMERO RAMOS, *Don Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo. Diez años de servicio episcopal en la Diócesis Primada*, 1981, 82.

³ MARÍA TERESA ÍNIGO, *Buenas Noches*, Valladolid, 1963, 295-297.

tudes. Todos le mencionan con ese tratamiento español, tan noble a la vez que familiar, de “don Marcelo”. Su persona va arropada por ese inconfundible aliento popular del pueblo a su pastor, tan diferente muchas veces de la fama del político o del artista famoso»⁴.

Castellano por los cuatro costados. Hombre de una sola pieza: sincero, trabajador, amigo leal, acostumbrado al sacrificio, enemigo acérrimo de la falsedad y de la componenda. Castellano recio y cristiano viejo. Tradicional sin ser conservador. Incluso arriesgado en muchos de sus proyectos y realizaciones pastorales. Con el corazón siempre abierto para querer con amor de padre y de madre a la vez. Por donde pasó, fue dejando huellas indelebles de su acusada personalidad, rica y enriquecedora.

Las raíces de su fe fueron bondas. Por encima de otras facetas, se mostró siempre como «hombre de Dios, amigo fuerte suyo, servidor fiel y prudente elogiado en el Evangelio, que no supo hacer otra cosa que servir a Dios, cumpliendo su voluntad, en una entrega total y sin fisuras a favor de la Iglesia a la que tanto amó y sirvió con todo su corazón y sus más altas capacidades con las que Dios le enriqueció». Así lo ha visto Don Antonio Cañizares, hoy arzobispo de Toledo⁵.

3. Sacerdote, Obispo y Cardenal

Hombres sí, pero otros «hombres». Así quería Don Marcelo a sus sacerdotes. *Así vivió él su sacerdocio.* «Hombres, cuya coherencia existencial ya no puede consistir sino en ser evangelios vivientes de la Persona de Cristo en la Iglesia ante el mundo... Hombres con el profundo cristocentrismo interno y el realismo evangelizador con que, casi instintivamente, aparece y está actuando en la Iglesia entera el primer sacerdote-ministro ante el mundo actual, que es Juan Pablo II.

Hombres, en fin, en quienes el Evangelio y Cristo vivo no sean una ideología abstracta o eticista, ni un mensaje idealista o pragmático; ni un apoyo o pretexto profesional intrahumano; ni un mero aval socioreligioso de presencia cualificada en una civilización históricamente cristiana. Sino hombres íntegramente configurados y condicionados por una experiencia arraigada de Cristo y de su Evangelio. Y que, además, una vez consagrados por y para el sacerdocio en la Igle-

⁴ J. M.^a SÁNCHEZ DE MUNIAIN, «Estudio introductorio», en MONS. MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, *Creo en la Iglesia, Renovación y fidelidad*, BAC, Madrid, 1978, XI.

⁵ A. CAÑIZARES LLOVERA, Homilía en el Funeral de Don Marcelo, BOAT, agosto 2004.

sia, sean suficientemente responsables y conscientes de hacer a Cristo presente en medio de los hombres»⁶.

Remarcable en su trayectoria pastoral, *como obispo de Astorga, Barcelona y Toledo*, fue siempre *la obediencia* a quien pudo confiarle la misión, incluso mandándole que la aceptara en circunstancias nada fáciles. *Obediencia amorosa* al Magisterio y la guía del Papa en quien reside la autoridad, el amor, la auténtica interpretación del Concilio Vaticano II y la sana modernidad de la Iglesia en nombre de la cual ha tendido puentes hacia todas las direcciones del mundo de hoy, sin romper jamás los hilos o los cables que nos mueven con la tradición apostólica...⁷. *Obediencia vivida* en comunión y sintonía con los sacerdotes de sus presbiterios:

«Vamos a trabajar juntos con decisión y con firmeza por el bien de las almas que nos han sido encomendadas, pedía a los sacerdotes el día de su entrada en Barcelona. Nos espera un campo de acción inmenso, casi inabarcable...»⁸.

«Vamos a trabajar todos juntos, en paz y con amor, con una responsabilidad compartida dentro de la misión que a cada uno nos corresponde según nos la confía la Santa Iglesia, con ánimo firme y generoso para todas las renovaciones precisas, pero sabiendo el porqué de las mismas, el cómo y el hasta dónde; con fidelidad a la doctrina y respeto a las leyes que ayudan a mantenerla limpia; sin integristas inútiles ni audacias alocadas; sin verbalismos ni ambigüedades que, más que aleccionar despiertan confusión o fomentan curiosidades; con mucho espíritu de oración...; con amor eficaz y verdadero a los pobres velando por la justicia de los derechos que les corresponden sin quebrantar los derechos de los demás», repetía en la Catedral de Toledo, en la fiesta de San Ildefonso de 1972.

Creado *Cardenal de la Santa Iglesia Romana*, con el título de San Agustín, por el Papa Pablo VI, en el consistorio del 5 de marzo de 1973, participó en los cónclaves, en que fueron elegidos papa Juan Pablo I y Juan Pablo II. Fue miembro de las Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para la Evangelización de los Pueblos y para el Clero. En la Conferencia Episcopal Española, fue miembro del Comité Ejecutivo y de la Comisión Permanente y presidió las Comisiones de Caridad y Apostolado Social, del Clero, y de Liturgia.

⁶ Hombres sí, pero «otros hombres», *Obras del Cardenal Marcelo González Martín*, VII, Toledo, 1991, 215.

⁷ Homilía en la Catedral de Toledo, BOAT, enero-febrero 1972, 12-18.

⁸ Solemnidad de la Ascensión, 1966.

Actuó como enviado especial del Papa en la celebración del IV centenario de la fundación del Colegio Inglés en Valladolid (1989); y en la celebración del V centenario del Tratado de Tordesillas, Valladolid (1994).

4. Su amor apasionado a la Iglesia Madre

Los títulos de predicador, Padre conciliar del Vaticano II, promotor de la cultura cristiana, formador de seminaristas y sacerdotes, definen *el amor* apasionado de Don Marcelo a la Iglesia Madre.

PREDICADOR Y PADRE DEL VATICANO II

Don Marcelo fue siempre *predicador*. Como sacerdote, primero, y después como obispo. Al ministerio de la Palabra ha dedicado sin interrupción sus mejores energías... «Ha predicado desde la cátedra académica, la mesa de conferencias, la presidencia de congresos, el ambón improvisado bajo el dosel de la naturaleza, la sede del altar, el viejo púlpito con tornavoz e incluso desde el ring del Price de Barcelona, plataforma eventual de sus conferencias cuaresmales en la Ciudad Condal»⁹.

Como hombre de Iglesia, trató siempre de impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad. Vivió con entusiasmo el *Concilio Vaticano II*... No faltó ni a una sola sesión, participó en las actividades que le encomendaron, de manera reservada en algunas ocasiones, y otras públicamente en el Aula conciliar. Una de sus intervenciones, sobre la vida y ministerio de los obispos, fue alabada por el Papa Pablo VI en una audiencia pública.

«El Concilio, explicaría después Don Marcelo a sus diocesanos de Barcelona en 1967, ha representado un bien inmenso para la Iglesia, pero sus doctrinas y sus decisiones no son fáciles de asimilar, y pasará mucho tiempo antes de que sean entendidas y practicadas en toda su integridad. El que se olvide de que el Concilio es ante todo un hecho religioso, no lo entenderá jamás, por mucho que lo invoque, por mucho que lo lea y por mucho que escriba sobre él. Y el que sólo atienda a aspectos parciales y fragmentarios de sus declaraciones causará mucho daño a sí mismo y a la Iglesia»¹⁰.

⁹ R. PALMERO RAMOS, *Obras del Cardenal...*, IX, IX.

¹⁰ *Don Marcelo, Obispo*, Toledo 1986, 90.

Con positivo interés, quiso que sacerdotes y seminaristas estudiaran detenidamente los documentos conciliares, para poder aplicar con fidelidad sus enseñanzas.

PROMOTOR DE LA CULTURA Y LAS VOCACIONES

En Astorga Don Marcelo reorganizó el Colegio de San Ignacio, de Ponferrada y creó los colegios-seminarios de Vega de Espinareda, de Puebla de Sanabria y de Rúa Petín. Y el complejo Santa María Madre de la Iglesia, monumento espiritual de una diócesis al Concilio Vaticano II. Al final de su servicio ministerial en esta Sede de Santo Toribio, su Seminario se aproximaba a los mil seminaristas...

En Barcelona erigió la Facultad de Teología de San Paciano, con doble sede, en San Cugat y en el Seminario Conciliar. Creó la Academia Diocesana de Filosofía y el Centro de Estudios Pastorales. Se volcó en el Archivo Catedralicio, en el Museo Archidiocesano, en la Casa Sacerdotal de San José Oriol, y en la Obra Benéfico-social del Niño Dios.

Desde *Toledo*, en octubre de 1973, su carta pastoral: «*Un Seminario nuevo y libre*», dio la vuelta al mundo. En ella se atisbaba la sabiduría y el don profético de este hombre de Dios.

«No es un misterio que el seminario constituye la gran pasión de don Marcelo, es frase del Cardenal Javierre. Nada extraño que los puntos de su pluma resumen experiencia y transparencia. Y con suma prudencia: la delicadeza propia de la formación sacerdotal impone cultivar el campo con solicitud y caminar de puntillas para no pisotear la sementera. ¿Por qué no hacer tesoro de las reflexiones de un experto consumado?»¹¹.

Quería «un Seminario en permanente actitud de amor y de servicio, no al mundo y a los hombres, no a la cultura y a la exigencias de nuestro tiempo, no a las condiciones sociológicas de la vida de hoy, sino a la Santa Iglesia de Jesucristo, tal como Él la instituyó y como ella misma se define, y, a través de ella, al servicio de los hombres y de la cultura y de las exigencias de nuestro tiempo. Un Seminario que sea a la vez lugar privilegiado de piedad, estudio y disciplina; templo de oración y escuela de santidad; conjunto de esfuerzos orientados al logro en cada individuo de una personalidad humana y religiosa capaz de entregarse dignamente, en su momento, al ministerio sacerdotal».

¹¹ Card. A. M. JAVIERRE, *Obras del Cardenal...*, VII, VII.

Don Marcelo creó en Toledo el Seminario de Santa Leocadia para vocaciones adultas y el Seminario Menor de Santa María de Altigracia, en Mora de Toledo. También surgieron en esos años los Seminarios de los Operarios del Reino de Cristo (Oliás del Rey), de los Cruzados de Cristo Rey (Almonacid de Toledo) y de los Siervos de los Pobres del Tercer Mundo (Ajofrín). Edificó la Casa diocesana de Ejercicios, la Casa Sacerdotal y la Casa de San José para la formación permanente del Clero. Promovió la creación de cuatro albergues para transeúntes... Y otras obras culturales y sociales de notable interés.

A su valoración de los Medios de Comunicación Social se debe Radio Santa María de Toledo, como se debió, en su momento, Radio Popular de Astorga.

A otra faceta culturalmente benéfica, se refería el Director de la BAC, al escribir: «En esta casa fue autor, lector, colaborador y benefactor. Me consta que su mecenazgo no se limitó a esta editorial»¹².

En otro orden de cosas, recibió Medallas de oro de las ciudades por donde pasó, el Premio Castilla y León de las Ciencias Sociales y Humanidades (2000), y la Medalla de oro de Castilla-La Mancha (2003), cuya universidad le distinguió con el Doctorado Honoris Causa.

Desde 1972 fue miembro Numerario de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, perteneciendo también a la de Doctores, y a la de Ciencias Históricas y Bellas Artes, de Toledo.

De tres cardenales de Toledo —Cisneros, Lorenzana y Don Marcelo— es deudora la Liturgia Hispano-Mozárabe, vigente siempre en Toledo y hoy celebrada en el amplio territorio nacional. Para seguir investigando en este campo erigió Don Marcelo el Instituto de Estudios Visigótico-Mozárabes de San Eugenio y las Comisiones de Reforma y de Seguimiento de este Rito. «Hazte presente, buen pontífice, en medio de nosotros, como estuviste en medio de tus discípulos», se decía en la antigua liturgia mozárabe en cuya renovación tantos desvelos y trabajos ha puesto el Cardenal González Martín»¹³.

Diligente pastor, así lo definió Juan Pablo II¹⁴ que predica, celebra y conduce incansablemente a su pueblo. «Su magisterio episcopal ocupa decenas de

¹² J. L. ORTEGA, *Anaquel*, septiembre-octubre 2004, 2.

¹³ Card. J. RATZINGER, *Obras del Cardenal...*, III, X.

¹⁴ Telegrama de condolencia, *L'Osservatore Romano*, 27 agosto, 2004, 6

volúmenes y constituye —aparte de la belleza y calidad del lenguaje y la expresión— todo un cuerpo teológico-pastoral de largo alcance. Se advierte la clarividencia de sus análisis, realizados con total independencia y libertad, sin importarle nada más que la aplicación fiel de las enseñanzas del Concilio y la entrega apasionada a la Iglesia de Cristo y al hombre en perspectiva trascendente. La preocupación social, iniciada ya en los comienzos de su vida sacerdotal y dentro de la Acción Católica, le llevaría a adoptar como lema episcopal la frase evangélica «pauperes evangelizantur»¹⁵.

5. Invitación y estímulo

El amor y la fidelidad a la Iglesia han sido siempre santo y seña de la vida de Don Marcelo. En todo momento y sin fisuras. De hecho, ni siquiera las miserias de las personas humanas que integran la institución le ocultaron jamás su grandeza de Esposa fiel de Jesucristo. El amor a la Iglesia fue su pasión. Por lo que implica de sufrimiento y por lo que entraña de entusiasmo. Don Marcelo quiso entrañablemente a la Iglesia de Jesucristo y contagió a todos su deseo de amor, entrega y afecto filiales. «Una nota constante —señala el cardenal Gantin— advierto en *toda la labor episcopal del Cardenal González Martín*: su profundo y fino sentido de Iglesia, el amor a la santa Iglesia de Cristo. Es como el eje constante de toda su vida y de toda su acción. La Iglesia como misterio de la salvación, como sacramento de la infinita sabiduría divina, con su inmensa e inabarcable grandeza y también con las inevitables páginas, a veces oscuras, de su necesaria vertiente humana»¹⁶.

En su magisterio «no se han dado lagunas, ni se han producido silencios. El Obispo de Astorga primero, Arzobispo de Barcelona después y por último Cardenal de Toledo, ha cubierto todos los géneros propios de la oratoria sagrada. Y ha atendido, con atención alerta, a todo el área de los dogmas y de la moral católicos, con adaptación a sus oyentes en cada situación. Podemos referir con todo derecho a don Marcelo las palabras que Posidio escribe a propósito de San Agustín: “Predicó la divina palabra con asiduidad, celo, valentía, con claridad y vigor intelectual” (Vida, 31,4).

En horas de confusión ha iluminado con foco potente sectores de pensamiento y de vida, sobre los que se espesaba un silencio connivente, o se alzaban voces de perturbación alarmante. No ha ocultado la luz de la verdad bajo el cele-

¹⁵ *Don Marcelo, un diligente pastor*, Ecclesia, 4 septiembre 2004, 5.

¹⁶ Card. B. GANTIN, *Obras del Cardenal...*, VIII, X.

mín, la ha colocado sobre el candelabro, a la vista de todos los de casa y de cuantos entraban en ella (cfr. Lc 8,16 y Mt 5,15). Tampoco ha edulcorado las exigencias de la ascética, ni rebajado los niveles de la entrega que el Evangelio pide. Ha expuesto y promovido cuanto postulan con razón los tiempos, sin ceder ante las pretensiones de un temporalismo desorbitado, que olvida o relega a segundo plano la principalidad de lo eterno. Ha urgido la necesidad de la acción, y de una acción decidida, multiforme y abnegada, pero potenciando previa y simultáneamente la superior necesidad de la vida interior. Ha reiterado la severidad de cuanto piden el cumplimiento de los mandatos divinos y la generosidad evangélica, pero sin olvidar la misericordia comprensiva, la psicología del buen samaritano, y la infinita capacidad del perdón divino ante la debilidad humana. También ha cantado con voz insobornable el amor entrañable por la patria terrena y por el alma del pueblo, hoy tan asediados, pero ha insistido al mismo tiempo, con ejemplar equilibrio, en el amor sin fronteras y en la soberanía inmarcesible de la patria definitiva, la «Jerusalén de arriba» y «madre nuestra» (Gal 4,26; cfr. Apoc. 12,17). «En el vértice de la separación que señala la convergencia de la eternidad y el tiempo, se inicia este estado definitivo. La virtud de la perseverancia hace de puente, abrazando las riberas de la fe y de la visión, de la expectación y el encuentro, de la búsqueda y la posesión»¹⁷.

«Es un mérito innegable, confiesa el Cardenal Ratzinger, de los escritos del Sr. Cardenal de Toledo sobre la Eucaristía que haya abordado el misterio eucarístico en toda su integridad y complejidad de aspectos: sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia, como decía Juan Pablo II (Redemptor hominis, 20)»¹⁸.

Cuatro frases precisas sellan, sobre la lápida funeraria de su sepulcro, este amor filial. Traducidas del latín dicen:

«Padre en el Concilio Vaticano II, cuya doctrina aplicó fielmente.
En tiempos difíciles, fomentó las vocaciones consagradas.
Predicó con ardor la palabra de Dios.
Amó fervientemente a la Iglesia y a todos».

Me decía, no hace mucho, un sacerdote palentino: Siento su dolor, por la muerte de Don Marcelo. Camine adelante. Nos vamos quedando todos, al andar, con sólo Dios»¹⁹.

¹⁷ R. PALMERO RAMOS, *Obras del Cardenal...*, IX, XI.

¹⁸ Card. J. RATZINGER, *Obras del Cardenal...*, III, X.

¹⁹ J. URIÉN, Capellán del Santuario del Brezo.

Y Don Antonio Cañizares, respondía así a una carta del Arzobispo Castrense:

«Mucho agradecí tu pésame por la muerte de nuestro querido Don Marcelo. Si hizo bien en vida, aún será mayor su ayuda ante su “amado Jesús”, y ante la SS. Virgen... Ha dejado las huellas marcadas en la nieve, y hemos de pisar tras de él en estos tiempos recios que vivimos, para no resbalar...»²⁰.

Gracias, muchas gracias, por la oportunidad inmerecida de hablar, en esta nobilísima Sede, de Don Marcelo.

²⁰ Bol. O. Arzob. Castrense en España, julio-octubre 2004, 38.